

La biblioteca de Pepe Carvalho

Emilio Pascual*

SERIE PEPE
CARVALHO



MANUEL VÁQUEZ
MONTALBÁN (1939-2003)

Extrañas simetrías con la de don Quijote guarda la biblioteca de Pepe Carvalho. Un día, cuando descubrió que, tras tanto leer, ningún libro le había enseñado a vivir; «cuando comprendió que [los libros] ya nunca le enseñarían nada, que nunca le enseñarían nada realmente útil», Pepe Carvalho «decidió convertir su biblioteca en una galería de condenados a muerte». La biblioteca del hidalgo ardió por la enfermedad psicológica que ocasionó a su dueño; en el fondo, la de Carvalho ardió por idéntica razón.¹

Si la biblioteca de don Quijote se recuerda por los que se salvan, la de Pepe Carvalho se recuerda por los que se condenan. En realidad cualquier libro es merecedor del fuego, por el mero hecho de serlo, como el hombre es candidato perpetuo a la muerte, porque «el delito mayor / del hombre es haber nacido». *Lex universa est, quæ iubet nasci et mori.* No de otro modo opinaba Froilán Escobar, comentarista de Belarmino, cuando dejó escrita la siguiente apostilla: «Los dos hechos históricos más nocivos para el progreso de la ciencia pura y el imperio final de la cultura fueron la invención del papel y la invención de la imprenta». Y concluye: «Todas las bibliotecas debieran cerrarse», con lo que rebate de modo contundente la afirmación de Carlyle: *La mejor universidad de estos tiempos es una biblioteca, que,*

según Escobar, era «la mayor estupidez» que había leído en su vida.

Joven rojo sensible y lector

José Carvalho Tourón² era de ascendencia gallega y había pasado en Souto, cerca de San Juan de Muro, algunos veranos de su infancia lucense. Nació en junio, a finales de los años treinta con toda probabilidad. En algún lugar es descrito como «un hombre delgado, alto, aquilino, muy moreno, de ojos magnéticos». Pero tal vez sea una falsa alarma y uno más de sus imprevisibles rostros de Proteo. Porque también se lo vio en otra parte como «un oscuro, pequeño hombre calvo con lentes bifocales», y aun como «un tragasables rubio panocha». Una carta de su madre, cuyo grado de verosimilitud o apocricidad no está averiguado, asegura que de niño se aprendió de memoria el *Diccionario ilustrado Spes*; que a los once leía *El criterio*, de Balmes, y *La vuelta al mundo de un novelista*, de Blasco Ibáñez; que a los quince era «profesor de párvulos y cobrador dominguero de recibos del seguro de entierro». ¿Pudo combinar esas lecturas con *La isla misteriosa* durante alguna gripe suave, mientras Fernando Forga interpretaba en la radio *Las aventuras del inspector Nichols*? Sabemos que el colegio de su infancia estuvo

«regentado por monjas de San Vicente de Paúl». Él mismo confesó que su «última relación con las matemáticas fue un suspenso en quinto de Bachillerato»; luego se pasó a la facultad de Filosofía y Letras, donde es probable que estudiara Sociología de la Literatura ³ y en todo caso asistió a las clases de un profesor llamado Blecua. Se sintió tentado por la arqueología, pero la teología del Partido pudo más que su «vocación de inspector de ruinas». Porque es de saber que en su «etapa de joven rojo sensible» le dio por la política: fue acogido en la cárcel tras pintar «las paredes de toda la ciudad», y se casó con una compañera de partido y de universidad, Muriel, una marxista que había leído quince veces *El capital*. ⁴ Él en cambio leía por entonces a Camus y a Sartre, a quien ella no podía tragar y al que —«único rasgo de su humor cultural»— le llamaba Juan Jacobo; hasta a Apollinaire lo consideraba reaccionario. Él podía combinar *Los desnudos y los muertos*, de Mailer, con «una minúscula edición de *El músico ciego*, de Korolenko»; pero llegó un día en que se impuso un versículo no leído del evangelio: *Qui non est mecum contra me est*. «O con ella o en la CIA».

Todavía estaba con ella cuando recordó «con repugnancia la cantidad de libros que había comprado y que no había leído. Qué peste a muerto echaban». Empezó por hacer «construcciones arquitectónicas». Como siempre las bases han sido la piedra angular del edificio ⁵ —quién sabe si tanto del cristiano como del comunista—, la cimentó con *libros de base*. «Libros sólidos en la base: las obras escogidas de Marx y Engels editadas por la Academia de Ciencias de la URSS». No tenían el mismo grosor, y hubo que equilibrar con un estudio de Ráfols sobre la pintura del Renacimiento encuadernado en tapa dura. Para los muros, «libros chaparros y gorditos», como *Cumbres borrascosas*, *Guerra y paz*, un tomo de las obras completas de Pérez Galdós; para los techos, un par de *Robinsones*: el Crusoe y el suizo; para los tabiques, libros en rústica del tipo *El Estado y la revolución*, de Vladimiro; *Los ojos del padre eterno*, de Zweig; *Las noches blancas*, de Dostoievski, un catecismo de tercer grado, etc. También recurrió a «jugar a la carta más alta a base



FERNANDO VICENTE, LA MUCHACHA QUE PUDO SER EMMANUELLE, EL PAÍS, 1979.

de libros». Una discusión irreconciliable con su mujer sobre qué carta era más alta, si el *Cándido* o el *Emilio*, abrió otra grieta que precipitaría la caída. ⁶ «O con ella o en la CIA». Con identidad confusa, llegó a ser guardaespaldas de Kennedy. Dejemos en la penumbra su participación en el asesinato, porque, como en el caso de Dulcinea, «estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo».

Maduro, apolítico e incendiario de libros

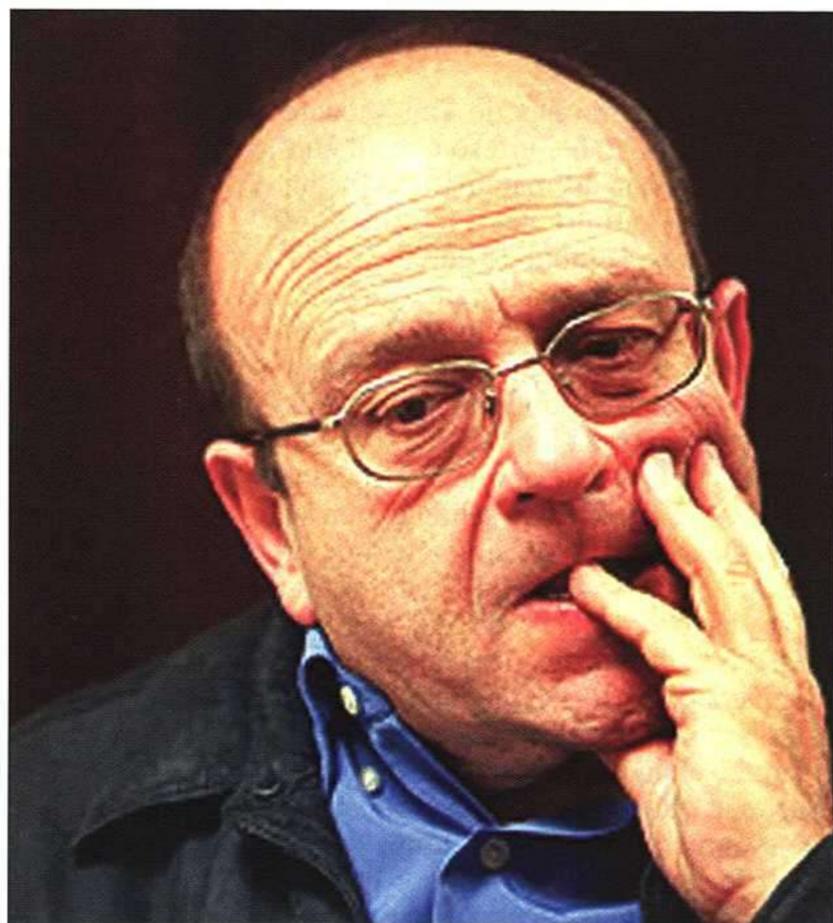
La biblioteca de Pepe Carvalho constaba de más de 3.500 volúmenes cuando él se sintió aquejado de la dolencia destructora. Había leído durante cuarenta años de su vida, hasta que concluyó que

tantos libros apenas le enseñaron a vivir. Pero antes de utilizar el fuego de los dioses para el incendio metódico como el naufrago de Rosales, pasó la antorcha de Prometeo a una Laura de la que fue su Pigmalión. Acababa de volver de Estados Unidos y habitaba en uno de esos barrios sin carácter, o quizá con ese carácter que imprimen los nuevos barrios para parejas nuevas. Paseaba su indecisión entre volver a su carrera universitaria o «aprovechar lo aprendido en la CIA» para instalarse como detective privado. En este territorio de nadie conoció a Laura. Todavía no quemaba libros, «entre otras cosas porque no tenía chimenea». Se dieron el primer beso «ante la estantería de Clásicos Castellanos Ebro». Diez años después Laura Buscató le legaría sus cenizas.

Aquello acabó, pues. Como acaban



Dibujo de Miguel Brieva que ilustra el artículo «El último Carvalho» publicado en Qué Leer, en enero de 2004.



las cosas todas de este mundo. Pepe Carvalho: un personaje «quizá poco dotado para el amor, demasiado dotado para la compasión». Expulsado de la CIA, escudado ya en un cinismo protector, decidió por fin instalarse en Barcelona a resolver casos, como otros, problemas. Halló una casa en Vallvidrera: tenía jardín —un jardín a la larga descuidado pero con «un enorme castaño de indias que crecía mimado por el riego»— y una herramienta imprescindible para el auto de fe: la chimenea. A veces intentaba emerger en su cerebro «la vieja lógica de otros tiempos», la del «análisis del mundo en que vivía». Pero una alarma instintiva volvía a sumergirla. «Había limitado su capacidad de emoción abstracta a la que pudiera transmitirle el paisaje. Sus restantes emociones se las proporcionaba la piel». Llegó un momento en que tanto el trotskismo, como el anarquismo o el comunismo le importaron un bledo, «exactamente lo mismo que la sociedad permisiva». ¿He dicho escéptico o aséptico? Llegó un momento en que se declaró apolítico, aunque nunca soportó «los bigotillos que llevan los funcionarios del ex régimen y los ex funcionarios del régimen». Llegó un momento en que dejó de leer y atormentarse.

Es posible que la quema del primer libro se debiera a un accidente fortuito: una calurosa tarde del mes de julio, que «ponía tristeza en el atardecer», decidió encender la chimenea de su casa de Vallvidrera, porque «necesitaba encender la chimenea cuando quería pensar relajado». No halló papel de periódico —había dejado de leerlos— y dirigió su mirada hacia la «estantería de libros que respaldaba toda la habitación». Todavía dudó. Finalmente «se decidió por un libro rectangular, verde, con mucha hoja. Carvalho leyó un breve fragmento mientras llevaba el libro al suplicio. Se titulaba *España como problema* y había sido escrito por un tal Laín Entralgo en unos años en que se suponía que los problemas de España se reducían a ella misma como problema». *España como problema* inauguró un auto que se tornaría irreversible. Unos días después le siguió una edición del *Quijote*, de Editorial Sopena. ⁷ «Palomas muertas de papel». Así irían cayendo uno a uno, como cantos rodados de su viejo ecosistema. Porque había decidido olvidar las vidas anteriores que ya no podían iluminar la presente. Comprobó que «podía encender tres mil quinientas fogatas durante casi diez años».

¿Seguía cierto método? Quizá sólo el vengativo de «encender la chimenea con

libros trascendentales: cuanto más pretensión de trascendencia, más culpabilidad. Seguro que han conseguido engañar a alguien». Una noche de llovizna, esa llovizna que arranca los primeros olores a la tierra, recordó aquellos libros del pasado que *había que leer* para poder secundar la peripecia cultural del momento. Esta vez no dudó. «Buscó *La crítica de la razón dialéctica*, de Lefebvre, *Así se templó el acero*, de Ostrovski, y *Ensayos sobre Heine*, de Sacristán. Junto a la chimenea rompió los libros con tranquilidad y habilidad de experto y dispuso las hojas desencuadradas en un montoncito sobre el que situó teas secas y sobre ellas troncos más resistentes. El fuego brotó incontenible y la cultura impresa ardió cumpliendo su misión de alimentar fuegos más reales». Por ejemplo el de una paliza profesional que recibió. La chimenea que siguió a aquella violenta dosis de realidad se inauguró con la *Anatomía del realismo*, de Alfonso Sastre.

Menos libros, más orujo

Una biblioteca ya «llena de mellas y derrumbamientos», que decrecía en relación inversa a como crecía su orujote-

ca. Fue hacia 1976 cuando se definió con nitidez su destino: *Los hermanos Karamázov* «fue uno de los primeros que fue a la pira, dentro de aquel primer centenar de primera selección para la quema», junto a *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Allí arderían entre otros *Maurice*, de Forster, «porque es una chorrada, como todos los libros»; *El problema de la vivienda*, de Engels, junto a «una antología de supuesta poesía erótica castellana de los convictos y confesos ciudadanos Barnatán y García»; la *Estética*, de Lukács, y la *Teoría estética*, de Adorno⁸; los poemas de J. Jorge Padrón, «un poeta hispano sueco que tradujo a Vicente Aleixandre al canario y se hizo famoso»; *Actitudes anglosajonas*, de Angus Wilson; *El oficial prusiano y otra historias*, de D. H. Lawrence; ⁹ *La historia del pensamiento reaccionario español*, quizá para que no contaminase las cenizas de Laura, ya apenas una urna en la librería mellada; el *Viaje a la Alcarria*, en la edición de Austral; el segundo tomo de *Cuba*, de Hugh Thomas; ¹⁰ *Alexis el Griego*, es decir, *Vida y hechos de Alexis Zorba*, y *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* de Blasco; *Las buenas conciencias*, de Carlos Fuentes, «un escritor mexicano al que había conocido casualmente en Nueva York en su etapa de agente de la CIA y le pareció un intelectual que vivía de perfil, al menos saludaba de perfil»; el *Quijote* fue quemado en *Tatuaje* —«en un momento de lujuria de la lucidez»—, pero *Tatuaje*, de Vázquez Montalbán, fue quemado a su vez en otro ejercicio de expiación... Ya lo vimos: extrañas simetrías.

Unos quemados dos veces y otros salvados

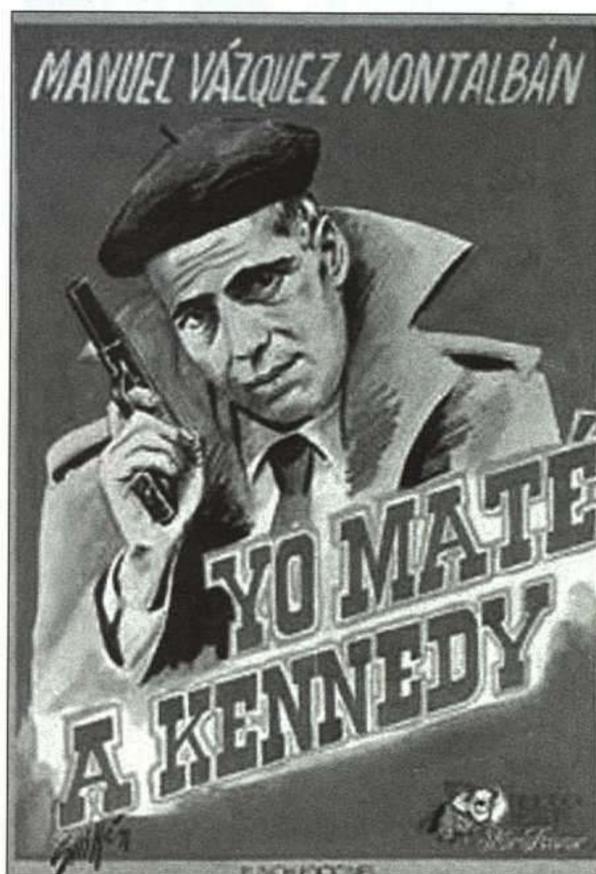
Una primavera fría de finales de los setenta «encendió la chimenea con *La filosofía y su sombra*, de Eugenio Trías, calculando que debía dosificar un poco la lenta quema de su biblioteca. Le quedaban unos dos mil volúmenes: a libro diario tenía para unos seis años. Era preciso establecer una pausa entre libro y libro, o comprar más libros, simple posibilidad que le asqueaba». Su etapa de comprador-lector «se había detenido a



Ha habido muchos Carvalhos en el cine. Uno de los primeros fue Carlos Ballesteros que encarnó al detective en *Tatuaje* (1976), de Bigas Luna. Pilar Velázquez, en la foto, hacia de Charo.

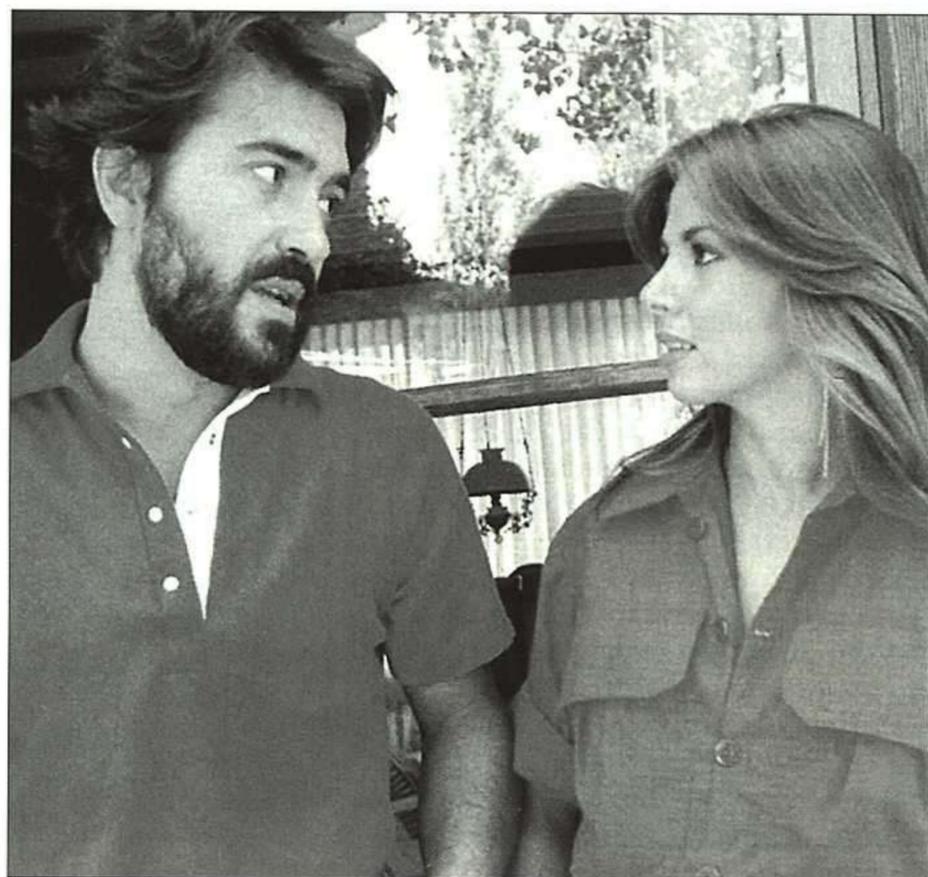
comienzos de los setenta». Con todo, aún compró *Las memorias de Adriano* para quemarlo, tal vez porque lo leía un político mentor. Salió a comprar *Coto vedado*, de Juan Goytisolo, expresamente para quemarlo, porque le parecía «un síntoma de la decadencia de los tiempos» el que la literatura se dedicara a especular sobre la moralidad de los abuelitos. Una noche de otoño del 89, en que buscó el *Peter Pan* de Barrie para quemarlo y no lo encontró, recordó que ya lo había quemado diez u once años atrás y se propuso comprar otra edición para volver a quemarlo.¹¹ *La balada del café triste* no estaba en su biblioteca, pero, aportado por unas manos femeninas, ardió con «la balada, el café y la tristeza y hasta el jorobado que lleva dentro», porque nadie ignora que cualquier libro es bueno para ser quemado. Reprimió el deseo de desgajar de la biblioteca un tomo del *Diccionario etimológico* de Corominas, y no sólo porque en aquel momento ni el libro ni el fuego ni la casa fueran suyos, sino por «el temor de que el humo del papel estropeará el sabor de la paella». Cuando, en la primera chimenea de un otoño, quemó un tomo de la *Enciclopedia Espasa*, supo que «su irritación era profunda, porque sólo quemaba diccionarios enciclopédicos en es-

tados de ánimo muy próximos al nihilismo más irreversible». Nada tenía que ver con ellos el *Diccionario de los símbolos*, de Jean Chevalier y Alain Cheerbrant, y así ardió en el holocausto expiatorio, «especialmente a causa de una relectura de la voz *Mirada*», aunque retuvo una frase de esa voz: «La mirada aparece como el instrumento y el símbolo de una revelación». ¹² Sólo indultó *Poeta en nueva York* ¹³ por una rara agitación sentimental: tres versos «demasiado cargados de verdad», y otra página, «memoria de una predilección». Durante mucho tiempo sobrevivieron a la condena *La busca*, de Baroja, y *La voluntad*, de Azorín, y no tanto por ser «los primeros libros de *calidad* que había comprado en el mercado viejo de San Antonio», cuanto por ser de los que le había encuadernado don Floreal: «Carvalho creía recordar que aún no había quemado ningún libro de los que le había encuadernado don Floreal. Tal vez había sido un mandato del subconsciente, una inconsciente concesión a la nostalgia que debía enmendar lo antes posible»; y así, a continuación quemó *La busca*. ¹⁴ No perdonó siquiera a la *Bibliothèque de la Pléiade*, «aunque le dolía quemar sus clásicos por el tacto hermosísimo de los libros. A veces los



Patxi Andión (Carvalho) y Victoria Abril en *Asesinato en el Comité Central* (1983), de Vicente Aranda. Como anécdota decir que Vázquez Montalbán no vió con buenos ojos que Andión encarnara a su criatura.

Al lado, una curiosa portada, la de la primera novela de la serie, en la que Carvalho se parece a Bogart.



sacaba para acariciarlos y volvía a meterlos en el infierno parálitico de las estanterías rehuyendo el recuerdo de pasadas lecturas que en su tiempo juzgó enriquecedoras»; con todo, se libró el volumen de Flaubert que contenía *Bouvard y Pécuchet*. No así *La última cinta* y *Acto sin palabras* de Beckett, precisamente porque le gustó en su tiempo y no quería caer en la tentación de volver a leerlo a medida que se hacía viejo. Todavía guardaba en la memoria el eco de un poema de Beckett «que alguna vez le había impresionado. *Esto no es moverse. Esto es ser movido*». Por el momento solo las novelas de Conrad tenían una tregua asegurada: «eran los únicos libros que aún era incapaz de quemar». Amnistió *Las ciudades - Buenos Aires*, de Horacio Vázquez Rial, en «la duda de si no le sería necesario documentarse algo más sobre Buenos Aires antes de irse allí de viaje profesional». Hay otra excepción insana aunque comprensible: «tuvo que superar su desprecio de los libros para leer *Roldán, un botín a la sombra del tricornio*, de Irujo, Mendoza y Macca, sin poderse permitir el lujo de quemarlo porque podía serle útil» en el caso que se traía entre manos. Años después, sólo Dios sabe con qué mezcla

de dolor, amor y pesadumbre quemaría *Las uvas de la ira*, recordando como en un espejo aquella escena final en que una «joven con los pechos llenos de leche da de mamar a un pobre viejo moribundo muerto de hambre». El amor en los tiempos sin tiempo. También *El hombre y la muerte*, de Edgar Morin, «un texto que le había angustiado casi treinta años atrás, cuando de pronto calculó qué edad tendría en el año 2000 y le pareció caer a un pozo tan sin fondo que la caída era eterna, una caída para siempre». Años después.

En cambio se prometió que, en torno a 1984, quemaría los primeros números de una reproducción facsimilar de la revista *Horizonts*, junto con la obra de Orwell. Se prometió, había de prometerse muchas cosas: buscar «sañudamente» por las estanterías cierto libro de Sartre «hasta dar con él y quemarlo»; buscar nada más llegar a casa, para quemarlo, el libro en que había leído alguna vez que «la felicidad es sólo una situación afortunada»; quemar en pasando agosto un libro de Paco Umbral... Se prometió, se prometía: nunca dejó de prometerse quemar «un libro de esos cínicamente considerados fundamentales». Incluso cuando conoció a Mohammed el Chu-

kri, «a pesar de que percibía en él un alma gemela, o precisamente por eso, tomó la decisión de adquirir alguna de sus obras para quemarla». ¹⁵ Cualquiera día quemaría también alguno de esos «libros tramposos», como el *Teatro completo* de García Lorca... Tampoco creo que se librara ninguno de los tomos de la *Filosofía de Brehier*. Quemó *Mass Communications*, de un tal Juan Beneyto: «uno de los pocos libros de periodismo que tenía en su biblioteca». Creía recordar que en algún momento del pasado había quemado *Herzog*, y recordaba con seguridad haber quemado la *Historia universal de la infamia*, de Borges, y *Burdeos*, de Soledad Puértolas. Tuvo en la mano un libro titulado *Camino, en cheli*, cuyo destino ignoramos. Una vez pensó quemar un libro de Belén Gopegui, «ante la simple eufonía del nombre y el apellido», pero tampoco sabemos si lo hizo. Tenía libros de cocina, «uno de los pocos saberes inocentes que respetaba», como lo atestigua el *Talismano della felicità*, «la biblia de la divulgación culinaria italiana, de la especialista Ada Boni»; de hecho, cuando el argentino Barojita le regaló un ejemplar de *Manual del asador argentino*, de Raúl Murad, confesó: «Los libros que sirven pa-

J. M. BARRIE

Peter Pan y Wendy

La historia del niño que no quiso crecer

Estudio preliminar de

Carmen Martín Gaité



CLÁSICOS
LITERATURA
INFANTIL

ra algo no los quemó»; solo se conoce la incineración de dos libros de cocina: *Cocinar hizo al hombre*, «de don Faustino Cordón, eminente biólogo materialista dialéctico y entusiasta soldado republicano cofundador del V Regimiento», y el *Diccionario de los alimentos. Vitaminas. Calorías. Cocción. Conservación*. «Te lo mereces», concluyó Carvalho.

1992: quema de libros «olímpicos»

En el olímpico verano de 1992, cerrado el despacho «por vacaciones del espíritu», se encerró a sí mismo en Vallvidrera, «puertas y ventanas selladas, incluso ranuras y rendijas, con cinta aislante». José Carvalho Tourón «se dispuso a superar la prueba de su intolerancia olímpica en la más drástica de las soledades. Sus dos vicios principales, cocinar y quemar libros, le proporcionarían contacto con la materialidad, le ayudarían a transformar el mundo, y en diecisiete días de encierro podría permitirse el placer de quemar libros sustanciales; para empezar, el volumen de *Que sais-je* sobre el olimpismo». Allí cayó también *El corazón es un cazador solitario*, de Carson McCullers, «en cuanto vio aparecer el título en la pantalla de su memoria»; «un librito de información olímpica de Andreu Mercé Varela, *De Olimpia a Múnich*, suficiente para una hoguera tan inoportuna como ritual»; *La ciutat de les anelles*, de Enric Truñó, concejal de Deportes del Ayuntamiento de Barcelona; «*Olimpiadi dello sprego e dell'inganno*, versión italiana del libro de una tal Ulrike Prokop»; el libro de Simpson y Jannings, *Los señores de los anillos*, «ya inútilmente antiolímpico», y, en fin, *El deporte del poder*, de Espada y Boix...

Otras bibliotecas

En el universo de Carvalho, como en el de don Quijote, residen otras bibliotecas de diferente capacidad y composición: por ejemplo, la de su amigo, gestor y vecino Enric Fuster, que lo mismo podía recitar la *Oda a la paella* de Pemán,

que un poema en latín sobre la sífilis, de un tal Fracastoro: Fuster se había comprado toda la colección de La Pléiade y aun se había suscrito a los títulos venideros hasta su muerte; se la estaba leyendo y era capaz de recitar fragmentos de Restif de La Bretonne tras una cena de diseño y un aguardiente Mirambel. Recordemos otras, cuyos poseedores representaban una fauna variopinta y no siempre edificante que le hizo reflexionar a veces sobre la hipocresía e inanidad de la cultura. Así, la de Narcís Pons Puig, autodidacta, era una gran librería repleta que ocupaba la inmensidad de una alta pared: Narcís los había leído todos y se sabía de memoria casi todo Carner, aunque Carvalho la vio como una «subbiblioteca teatral». La «desordenada biblioteca» del capitán Luis Tourón, aposentada en un buque de carga bautizado como *La rosa de Alejandría*. La del profesor Sergio Beser, el cual sabía tanto de Clarín, que si Clarín resucitara lo mataría: perdido entre sus estanterías había un ejemplar de *La vita non è sogno*, de Salvatore Quasimodo. La de don Ricardo Álvarez de Enterría, un viejo precipitado a la muerte que «hasta sabía hablar en latín y leía libros en griego»:

eran volúmenes en su mayor parte encuadernados, «sin más concesiones a la modernidad que los filósofos de entreguerras, Ortega y Gasset y Bertrand Russell incluidos». La del viejo Guardiola, ex seminarista y antiguo profesor de latín, que en otra antigua alacena de cocina había acumulado «trescientos libros de latinidades y clásicos españoles, algunos manuales de arte y las obras completas de Nietzsche traducidas por una editorial sudamericana». La de Laura Buscató, resumida en un shakespeariano libros, libros, libros: «de cada uno de sus lomos brota una consigna o un auto de fe sobre la antigua modernidad progresista. No hay libro que haya enseñado a entender la década de los años setenta que no figure en los anaqueles de Laura»; uno de ellos, *El capitalismo del desperdicio*, de Adolf Kozzlik, conservaba pétalos secos de rosa entre sus páginas; otro, *La aldea global*, de Marshall McLuhan, estampas de la primera comunión de su hijo. La fantástica biblioteca del argentino Baroja —descendiente, sí, de los Baroja—, dominando con su presencia una casona: «un mausoleo de la literatura de izquierdas del siglo XX»; en aquella ocasión Carvalho

PABLO NERUDA CONFIESO QUE HE VIVIDO MEMORIAS

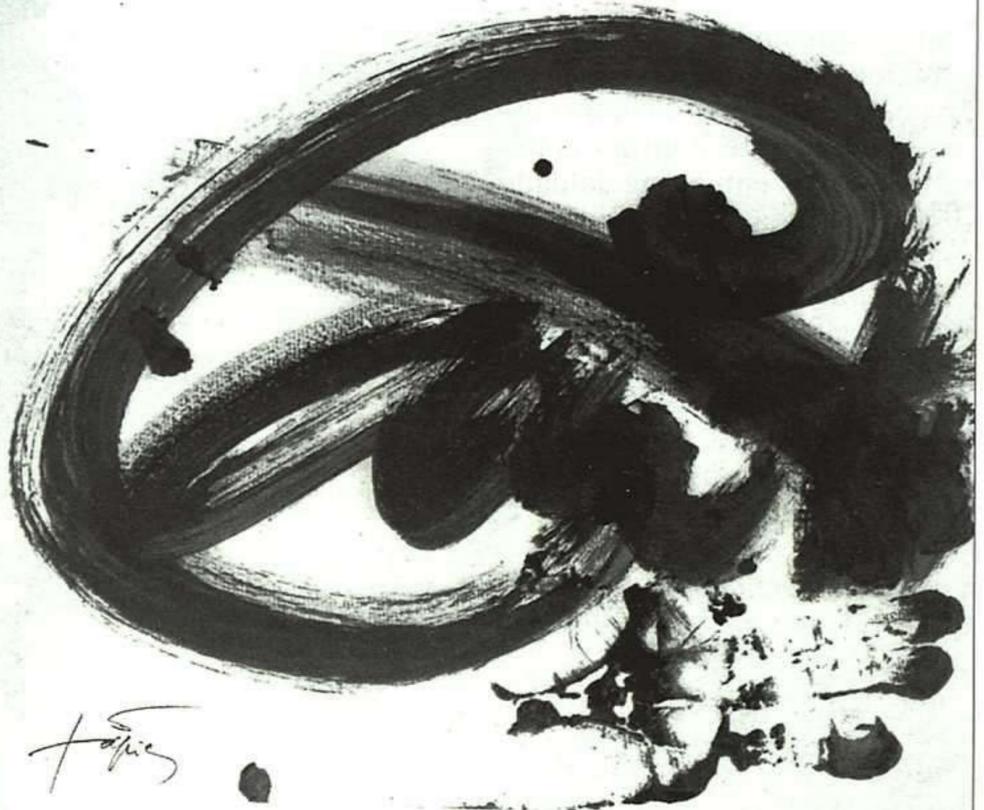
cogió «los libros de Gramsci, de Howard Fast, de Wright Mills, de Habermas, de Adorno como si fueran especies protegidas» y comentó: «Es como un paraíso de izquierdas para lectores entre los setenta y los cuarenta años. Desde Lukács hasta Marta Harnecker». O la de Rodolfo Dávalos, ilustradísimo farmacéutico chileno, que tenía más de dos mil libros, entre los que no podían faltar «las *Obras Completas* de Neruda, su libro de memorias, *Confieso que he vivido*, y la biografía que le escribió Volodia Teitelbaum».

Una biblioteca minuciosa —exhaustiva, agotadoramente descrita— es la de José Santos Pacheco, miembro del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España. La ocultaba en un piso secreto, que estuvo a punto de ser la cripta de su propia muerte. Libros por el suelo, papeles de periódico, en un refugio parecido a una celda. Cedo la palabra al historiador: «Un comedor sala con una mesa de pino en el centro, tres, cuatro sillas de pino y enea, estanterías, libros, Lenin, Lukács, Stalin, *Storia del Partito Comunista Italiano* de Paolo Spriano, *Escritos políticos* de Togliatti, *El comunismo* de Bujarin, *Scritti politici* de Rosa Luxemburg, *Stalin* de Isaac Deutscher, *Anti-Dühring*, *La formación histórica de la clase obrera* de Thompson, *Carlos Marx* de Mehring, *Historia del pensamiento socialista* de Cole, *Manual de Economía* de la Academia de Ciencias de la URSS, *La alternativa comunista* de Berlinguer, *El derecho a la pereza* de Lafargue, *Teoría de los cuatro movimientos* de Fourier, *Rebeldes primitivos* de Hobsbawm, *El marxismo* de Lichstein, cuatro o cinco Lefebvres, tres o cuatro Garaudys, *La confesión* de London, obras escogidas de Mao, *Memoires d'un révolutionnaire* de Serge, *Autobiografía de Federico Sánchez*, de Semprún, *Obras completas* de Maiakovski, *Así se templó el acero* de Ostrovski, *Saggi sul materialismo storico* de Labriola, *Para conocer a Lenin* de Fernández Buey, *Historia del movimiento obrero europeo* de Abendroth, *Humanismo marxista* de Fromm y otros, *Socialismo* de Ramsey McDonald, *Obras escogidas* de Gramsci, *La revolución soviética* de Carr, *Obras completas* de Balzac, *Crítica del gusto* de Galvano della Volpe, *La mina*

de López Salinas, *Central Eléctrica* de López Pacheco, *Veinte años de poesía española* de José María Castellet, *Escritos sobre Heine*, de Manuel Sacristán, *Rousseau y Marx* de Galvano della Volpe, *Estudios socialistas* de Jean Jaurès, *Socialisme et culture*, de Jean Kanappa, *La crisis del movimiento comunista* de Fernando Claudín, *Eros y civilización* de Marcuse, *Historia del PCUS*, *Trotsky* de Deutscher, *Correspondencia secreta de Stalin con Churchill*, *Los procesos de Moscú* de Broué, *¿Qué es socialismo?* de Norberto Bobbio, *La alternativa* de Rudolph Bharo, *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*, *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*, *Enterrad mi corazón en Wounded Knee...*». Una biblioteca del sentimiento.¹⁶

Tampoco hay que olvidar la de Sánchez Bolín —«una biblioteca disfrazada de sala de estar»—, el cual ofrendó a Carvalho los poemas completos de Jaime Gil de Biedma para el rito crematorio, y mientras ardía susurraba dos de sus hermosos versos de desamor: «Nada hay tan triste como una habitación para dos, cuando ya no nos queremos demasiado...»¹⁷. La de Joaquín Tauste, que sólo constaba de tres libros: *La tercera ola*, *Emmanuelle* y, mira por dónde, *Los*

mares del sur... Un libro, en fin, que a su vez contenía otras tres bibliotecas, las de Carlos Stuart Pedrell: en una de ellas el volumen más moderno era de 1912; en otra, *La tierra baldía* de Eliot se codeaba con Rilke, y cabe suponer que en algún lugar acechaba Quasimodo; las obras completas de Huxley en inglés convivían con *Para leer a Marx*, de Emmanuel Mounier, y *Los paradigmas de la ciencia*, de Kung, con Melville, Maritain, contraculturales americanos y teólogos alemanes. Todavía existía una tercera, con libros que aparecieron en una vitrina o dentro de una caja de embalaje perdida en un piso perdido de una urbanización deshilachada: *El sentido del éxtasis*, de Alan Watts, y *Los felices cuarenta*, de Barbara Probst Solomon; y en la caja, al lado de una cama plegable, «*Ciudadanos y locos. Historia social de la Psiquiatría*, de Klaus Dörner; *Francis Scott Fitzgerald*, de Robert Sklar; *Les paradis artificiels*, de Baudelaire; *El hombre de yeso*, de Joseph Kessel; *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, de Maurice Joly; manualillos sobre *¿Qué es el socialismo...*, *el imperialismo...*, *el comunismo...*, y así hasta doce o trece, un libro del cura Xirínacs en catalán, *Poesías completas* de



SEIX BARRAL



Cernuda. *Estructura de la lírica moderna*, de Friedrich»: una biblioteca oculta, libros salvados de su propio naufragio, como muestras o pecios de una sed intelectual quizá enfermiza.

Lo que el viento se llevó

Pero todo se acaba en este mundo: hasta las bibliotecas y sus incendiarios. También las biografías y los biógrafos. Pepe Carvalho Tourón era gallego: una vieja dama (in)digna, perdida en los suburbios de TVE, le dijo en cierta ocasión: «eres gallego como el Generalísimo y tienes mala leche», aunque no sabemos si lo consideró definición o insulto como el «hijo mío» de Jardiel. De niño fue operado de apendicitis. Dio «unos cursos apañados por la CIA en la cátedra Norton Elliot de Harvard, sobre *El cine como falsificador de las conductas*». Conoció la muerte de Kennedy y de Marilyn. En su última época sólo había gastado dos balas en diez años —cosa que su amigo y gestor Fuster le reprochaba, pues ni siquiera por ese concepto podía desgravar—, pero recibió una en un brazo. Le gustaban las plumas estilográficas. A veces le invadía la

nostalgia, la enfermedad voluntaria que más le molestaba. En una ocasión «hasta se metió en las librerías de viejo y tocó aquella cultura momificada recordando viejos tectos anhelantes de su etapa de drogadicto de la cultura». Conservó el álbum familiar de fotos que su madre le había legado, hasta que un día no pudo soportarlo y lo quemó en la chimenea de su casa, quemando con él la tristeza y el remordimiento. No sería la primera vez que se sometiera a esa «tozuda y desencantadora comprobación de los efectos del tiempo sobre las fotografías». Solo una vez —¿triste, solitario y final?— estuvo a punto de confesarle a Biscuter que tenía una hija de más de cuarenta años, pero se contuvo. Claro que Biscuter ya lo sabía, porque una vez recibió una carta de ella y se la dejó abierta en la mesa del despacho.

A finales de 1999 tenía en su única cuenta diez millones ciento treinta y siete mil pesetas. No daba para ninguna ingeniería financiera, y tomó en consideración la despectiva sugerencia del cajero del banco: dar la vuelta al mundo. También le quedaba una bala: la tercera que gastó, escupida el último día de 1999, pudo ser un acto de justicia, un homenaje al milenio que concluía o a la

relatividad de lo que ya no le importaba.¹⁸ Pero precipitó el viaje aplazado, y ya en Grecia, Carvalho y Biscuter figuraban como Bouvard y Pécuchet, «en homenaje al libro que había admirado en sus años mozos como fábula del fracaso de la razón, una sátira de la petulancia y del desorden de la conciencia del siglo XIX que muy bien podían asumir ellos dos con respecto al XX». Había cargado con algunos libros para incinerarlos y, camino de Atenas, detuvo su Ford Fiesta treintañero para «quemar un libro como se quema una ansiedad. ¿Por qué no *El viento se llevará nuestras palabras*, de Doris Lessing, “un testimonio comprometido sobre la destrucción de Afganistán”?». Para entonces ya había ardido todo Cavafis, y aunque todavía no había quemado ninguno de Terenci Moix, tenía «muchas ganas de convertir en cenizas *El pes de la palla* o *El peso de la paja*, un relato equívoco sobre las fronteras de su barrio y el onanismo». En el tren de Samarcanda se juró quemar en cuanto tuviera ocasión «un manual de *Criteriología religiosa*, de un desalmado cura llamado Tusquets, dedicado a inventariar masones en la posguerra civil y rebatir a las demás religiones según el apriorístico criterio de que sólo había una verdadera».

Quemaba libros, como otros grasas o recuerdos, como otros reescribían el pasado. Al final, ya por «pura retórica». «Odio los libros... sobre todo los que he leído». Al borde de un laberinto conoció a alguien que hacía con ellos algo peor, algo que habría hecho morir de puro enojo al obispo Ricardo de Bury: Georges Lebrun estornudaba y se sonaba sobre ellos, comía la fruta más madura que encontraba para mancharlos con el zumo y luego los vendía, tiraba o regalaba. Nunca tenía más de diez. El libro más sucio que regaló fue «una novela de Marguerite Duras que por entonces era indispensable leer». El receptor del obsequio «se había vuelto tan pulcro y convencional que no supo rechazar el asqueroso regalo. Se limitó a dejarlo abandonado debajo de una servilleta. Marguerite Duras nunca lo supo y nunca lo sabrá».

Hacia 1994 vaticinó que solo le quedaban veinte años de vida, y aun sospechaba que diez de ellos en pésimas con-



J. J. GRANDVILLE, ROBINSON CRUSOE, ANAYA 1982.

diciones: el corazón, los huesos, el hígado, la memoria, el futuro... Llegó un momento en que «tomaba pastillas contra el ácido úrico, contra la presión arterial, contra la depresión, contra la euforia, contra el estreñimiento», aunque luego lo redimía con un plato de callos a la *fiorentina* «contra el efecto de las pastillas». «Hay que elegir un lugar donde termina el mundo —había pensado el Ginés Larios de *La rosa de Alejandria* entre escalofrío y escalofrío—. De lo contrario estaríamos dando vueltas una y otra vez, una y otra vez...». También acaso un lugar que recordar. Pepe Carvalho tuvo su proustiana magdalena en «un pedazo de pan que parecía recién hecho» —o quizá sólo lo imaginaba recién hecho— «y un puñado de aceitunas negras, muy sabrosas, de esas aceitunas negras arrugadas que se llaman de Aragón. Recuerdo —añadía— aquellos sabores, la alegría de mi libertad en la calle. La mirada protectora de mi madre. Si pudiera volver a aquella mañana. Esa sería mi verdadera patria. Mi Rosebud». Su Rosebud y su magdalena estuvieron en «la cocina de su infancia, en su minúsculo piso del barrio Chino barcelonés, sin electricidad ni gas, cocina al carbón y mangual en un fogón de barro». Podemos preguntarnos si estaba intoxicado de tristeza y desencanto antes que de orujo.

«Tengo agotado el cupo de nostalgias —dijo una vez—. Tengo nostalgia para todo lo que me queda de vida. Y me sobran remordimientos». Con el tiempo había llegado a desarrollar un sentido de la solidaridad que ya nada tenía de racional: era «estrictamente sentimental». Pero todo se acaba en este mundo: las bibliotecas, sus incendiarios y hasta el tiempo de la melancolía. «Aquel extraño detective privado gourmet y quemalibros» se prometió tomarse dos botellas de Rioja de su añada el mismo día de su muerte, pero ya no podemos saber cómo lo haría, porque el último caso de Pepe Carvalho quedó sin resolver.

Dedujo que ya no viviría para ver ciertas cosas. Supo que todo el mundo tiene la ideología que necesita para justificar su propia vida. Había descubierto que «el misterioso vocerío de los pájaros de Bangkok» era de golondrinas, sólo de golondrinas. Aun así, quizá no había descartado del todo volver una vez más a Bangkok a despedirse de todo y de nada. El viernes 17 de octubre de 2003, en el aeropuerto de Bangkok cayó un hombre llamado Manuel Vázquez Montalbán, del que él había tenido noticia en algún caso y uno de cuyos libros alimentó su chimenea. Podría acabar diciendo que el viento se lo lleva todo, pero también ardió *Lo que el viento*

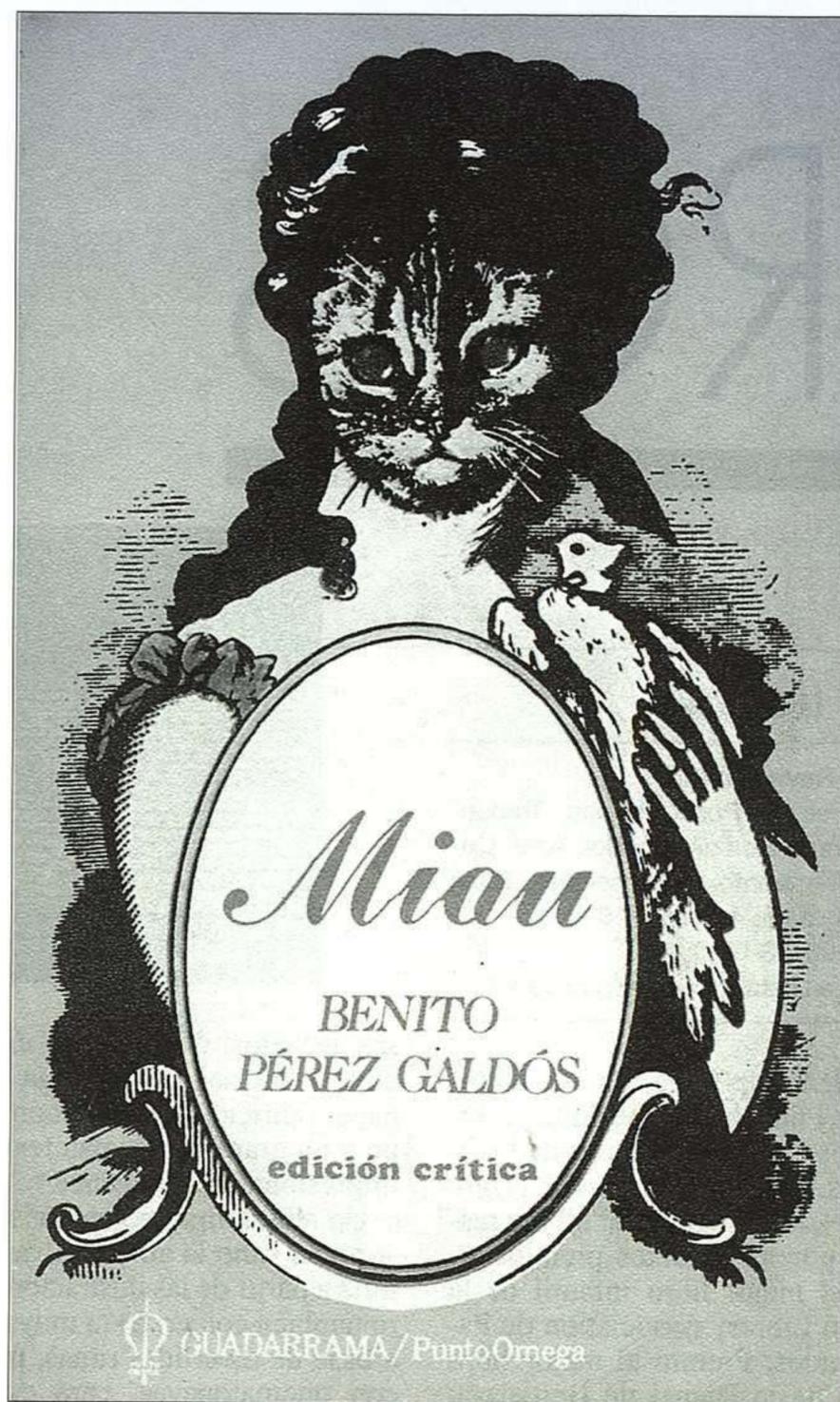
se llevó, aunque ignoramos exactamente cuándo.

El misterioso vocerío de los pájaros de Bangkok... Quizá recordó vagamente un versículo bíblico que hablaba de la caída de los héroes. Quizá. Pero nadie lo llamó a resolver el caso del hombre caído en el aeropuerto y el de su propia desaparición: un caso de disolución de la materia, más inexplicable que el engañoso de Frédéric Larsan. Sabemos que *La vuelta al mundo de dos pilletes* era uno de los libros que a Pepe Carvalho más le habían gustado en toda su vida. Biscuter prometió proporcionarle algún día «una resurrección todavía más espectacular». Pero tampoco sabemos dónde está Biscuter. *Étrange phénomène de dissociation de la matière*. Acaso ambos se confundieron con los pájaros de Bangkok, allí donde, en mayo de mil novecientos sesenta y tantos, Carvalho descubría por sorpresa el olor del azahar. ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.

Notas

1. La afición a la consunción de los libros por el fuego no ha sido privativa de Pepe Carvalho. Digno antecesor suyo fue el abuelo paterno del filósofo armado Eddie Féretro, «celoso coleccionista de Schiller y Hölderlin (antiguos y nuevos)», el cual también «los incineraba en su chimenea durante el invierno». Según el testimonio de su nieto, a pesar de su pensión modesta «adquiría los Schiller y los Hölderlin donde pudiera (aunque alguna vez insinuó que robaba ejemplares de bibliotecas y de las librerías más caras)». Pretendía que en su tumba sólo figurase una lápida con la siguiente inscripción: «¿S? ¿H? ¿Quién?». En cambio, «en previsión de un planeta arrasado, enterró las obras de Shakespeare en lugares extraños, metidas en cajas blindadas de plomo». Siempre queda alguna preferencia.
2. Los historiadores siempre han tenido problemas con la identificación precisa de los grandes hombres de la historia. De don Quijote se discute si su nombre de hidalgo era Quijada, Quesada, Quijana, Quejana o Alonso Quijano. De Pepe Carvalho también tenemos dudas sobre su segundo apellido: su madre se llamaba Ofelia, mas si Tourón o Larios no se sabe. Parece prevalecer el primero.
3. Una vez dijo que hace muchos años se había matriculado «en un curso de Fenomenología del Espíritu por correspondencia». Supongo que sería una *boutade*, como lo del curso de radiotécnica, también por correspondencia. Lo supongo. En cambio quizá no lo sea, por la melancolía que destila, esta otra confesión: «Hubo un tiempo en que estudié filosofía y me enseñaron que todo consiste en quitarle velos a la diosa y detrás del último velo está la verdad. *Alezeia* creo que se llama esta técnica, o quizá no sea una técnica, sino una manera como otra de creer en que aún



quedan desnudos misteriosos». Al principio de su vuelta al mundo se presentó como «especialista en diminutivos en la literatura medieval española»; al final, fue recibido como «experto en literaturas románicas, sobre todo en el uso de los diminutivos en los Siglos de Oro». Supongo que sería otra *boutade*. Lo supongo.

4. «Aquel matrimonio ya empezó mal —evocaría Carvalho—, en una iglesia de Pueblo Seco, cuatro familiares, cuatro estudiantes rojos y una cierta antipatía latente entre el cura y yo.» Pero estuvieron en Atenas y Patmos en un Encuentro de Juventud. Los únicos instantes felices. Y, sin embargo, cuarenta años después descubriría que aquella «breve relación con Muriel ocupaba una parte de su capacidad de nostalgia».

5. Salvo en la pila de leña para la chimenea. Pepe Carvalho disponía la leña «según las leyes de los buenos encendedores de chimenea. Desde la tea hasta el tronco, la pila de madera seguía un proceso piramidal de lo más liviano a lo más recio».

6. El propio Pepe Carvalho describió así el juego: «Se vacían las estanterías y se forma un montón de libros en el centro de una habitación. Los jugadores han de sacar los libros del interior de un montón. Un árbitro valora el libro y da el ganador». El árbitro no siempre era inocente. Por ejemplo, entre *Canguro*, de Lawrence, y *Americanismo y fordismo*, de Gramsci: «Si el juez era una persona normal daba la victoria a Lawrence. Pero si el juez era un asqueroso progresista, entonces triunfaba Gramsci». El día de *Cándido* y *Emilio* el árbitro se atuvo «al juicio crítico emitido por la enciclopedia soviética» y dio la victoria a Rousseau sobre Voltaire. ¿O es que puede haber alguna duda «de quién ha sido más importante para la historia del movimiento obrero»?

7. En cierta ocasión, durante su estancia bonaerense, mantuvo con un diplomático el siguiente diálogo:

«—¿Usted quema libros?

—Siempre que puedo.

—Pero ¿libros importantes? Por ejemplo, ¿usted quemaría el *Quijote*?

—De los primeros que quemé. De no ser importantes, ¿para qué quemarlos?».

8. Un dato revelador y muy preciso. Este libro comenzó a arder exactamente por la página 241, «la que empezaba con el epígrafe “La Historia como constitutivo. Comprensibilidad” y continuaba de esta guisa: *El momento histórico es constitutivo de las obras de arte. Son auténticas aquellas que, sin reticencias y sin creerse que están sobre él, cargan con el contenido histórico de su tiempo*».

9. De este, en cambio, Charo consiguió rescatar «una página semichamuscada que había quedado al margen del centro de la hoguera y leyó el mensaje superviviente: “Con el tiempo los Lindley perdieron todo dominio de la vida y se pasaban las horas, las semanas y los años simplemente regateando para poder vivir, reprimiendo y puliendo amargamente a sus hijos para convertirlos a la nobleza, empujándolos a la ambición y recargándolos de deberes...”».

10. Años después, en vísperas de embarcarse a Buenos Aires, quemaría otro volumen. Tal vez fuera el primero. ¿No acababa de decir que, mientras la policía garantiza el orden, un detective privado se limita a descubrir el desorden?

11. En Buenos Aires, y en ausencia de su biblioteca, se vio obligado a comprar un buen paquete de libros para alimentar la chimenea. Como es natural, entre ellos estaban las *Obras completas de Jorge Luis Borges*. Sabemos que desaparecieron en la pira *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano; *Tango. La canción de Buenos Aires*, de Ernesto Sábato; *Adán Buenosayres*, de Leopoldo Marechal, que Alma/Berta Modotti definió como el *Ulises* argentino (quizá porque el *Ulises criollo* ya tiene padre y es de Vasconcelos); *Buenos Aires: un museo al aire li-*

bre, de León Tenenbaum; *Elogio de la sombra*, de Borges; y *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia —este, obsequiado por Alma para el rito.

12. Tenía la costumbre de leer una frase del libro predestinado, «una frase pretexto para la quema o para el difícil indulto». Así, cuando quemó *La vie quotidienne dans le monde moderne*, de Henri Lefebvre, leyó esta: «La théorie du métalangage se fonde sur les recherches des logiciens, des philosophes, des linguistes (et sur la critique de ces recherches. Rappelons la définition: le métalangage consiste en un message (assemblage de signes) axé sur le code d'un message, un autre ou le même». A la pregunta de Charo: «¿Por qué lo quemas?», respondió: «Porque todos recurrimos al metalenguaje sin necesidad de que nadie nos lo explique. También porque Lefebvre descubrió tarde el papel de lo cotidiano frente a lo histórico, descubrió tarde que siempre tienen razón los días laborables».

13. Aun así, suponemos que sólo fue una ejecución aplazada, pues se dijo: «He de quemar ese libro antes de morir. O él o yo. Pero hoy no». Todavía una noche de octubre de 1988, mientras quemaba «un libro sobre prerrafaelitas», recordó el indulto: «Sólo una vez indulté un libro: *Poeta en Nueva York*, y fue por una cuestión sentimental. Me pareció como si quemar aquel libro fuera fusilar dos veces a García Lorca y lo salvé, a pesar de que el garcialorquismo nacional e internacional me resulta insostenible».

14. «¿Por qué? Se preguntó, fiel a la coartada de explicarse siempre a sí mismo el por qué escogía un título determinado para iniciar el fuego en su chimenea. —Primero lo quemé y el motivo ya vendrá después».

15. Pudo tratarse de *El pan desnudo*, pero no consta en la crónica.

16. A nadie se le oculta el catálogo de prescripción de esta biblioteca didáctica, con alguna excepción iluminadora. (El lector atento habrá advertido que algunos de ellos ya habían ardido en la chimenea de Carvalho). En cambio, de la de Marta Miguel —que tenía «casi siete mil volúmenes» y confesaba que en su casa apenas había sitio para su madre y para ella, pues todo lo demás lo ocupaban los libros— se desconoce un solo título.

17. Sánchez Bolín aseguraba que «los libros de versos arden mejor que los de prosa»; pero él dedicaba algunos de ellos al destino funcional de aditamentos de retrete, y allí fue desapareciendo «*El niño judío*, de Leonardo Mazacot», «un libro de papel tan absorbente como la prosa de su autor». El propio Carvalho no desconocía estos usos: sabemos que un escrito de Fernando Monegal, «el mejor crítico español de teatro polaco», corrió la misma suerte y por razones semejantes: «la capacidad absorbente del papel» y «la no menor capacidad absorbente de lo impreso». Tampoco eludió este servicio *El caso del jesuita risueño* de Nicholson: «una macedonia del Bromfield de Vinieron las lluvias, del Hesse fascinado por la religiosidad oriental y de Agatha Christie componían un curioso espécimen».

18. Todavía gastó otra para disolver con ruido y humo a un marido maltratador y su infame turba, pero eso ocurría en Patna, donde las costumbres son otras y los maltratadores pueden «tener mejor trato que los extranjeros que se meten donde nadie los llama».